

# **JORNADAS FILOSÓFICAS: “ESTÉTICA, MÍSTICA, HERMENÉUTICA”**

**Organiza: Cátedra Internacional de Investigación en Hermenéutica  
Crítica «HERCRITIA»**

**Dirige: Teresa Oñate**

**Coordinan: Nacho Escutia y Olga Gómez Millón**

**Centro Asociado UNED-Cuenca.  
21, 22, 23 y 24 de Febrero de 2019**

## **MARCO TEÓRICO**

La ciudad de Cuenca acoge desde hace algunos meses la exposición del videoartista Bill Viola intitulada “Vía Mística”. El artista norteamericano es una de las figuras más relevantes del videoarte actual y, quizá, uno de los creadores con mayor potencia de transmisión expresiva de nuestros días, siendo capaz de llegar a amplios públicos a escala intercontinental. Sin embargo, si hay algo que hace de su obra un lugar excepcionalmente propicio para la reflexión, no sólo en torno al arte sino sobre la vida y el mundo que habitamos, ello es sin duda el profundo carácter hermenéutico que la determina. En su obra se inscriben investigaciones llevadas a cabo por el propio artista en torno a la conciencia, la memoria o la percepción, pero también se expresa en ella la honda huella que la poesía mística o el arte sufí han dejado en su andadura. Resulta imposible, sin embargo, resolver la obra de Viola en el conjunto de temas y referencias que ésta envuelve, pretenderla como resultado de una alquimia exacta basada en ingredientes puros. La obra de Viola no transita bajo la convicción de una realidad positiva accesible al conocimiento conceptual, muy al contrario ésta se presenta desencarnadamente como interpretación, sabida como vía eminente a través de la cual brota el sentido. Es por ello que el Proyecto de Investigación HERCRITIA-Santander (UNED), dentro del marco de la actividad de la Cátedra Internacional de Investigación en Hermenéutica Crítica HERCRITIA [(Presidida por Gianni Vattimo y Ángel Gabilondo y dirigida por Teresa Oñate (UNED) y Ángela Sierra (ULL-Tenerife)] ha considerado la ocasión propicia de la muestra concurrida de Bill Viola como un ámbito de reflexión privilegiado para orientar la investigación sobre el cruce de relaciones entre los tres polos tensionales que inscriben el título de estas Jornadas Filosóficas: Estética, Mística, Hermenéutica.

La exhortación que nos lanza la simple escucha del término “mística” parecería remitirnos de entrada a preguntas comúnmente emergidas desde la extrañeza que supone para los hombres y mujeres occidentales de nuestros días todo aquello que parezca referirse a un encuentro con Dios. Pero si los frutos maduros surgidos de esta perplejidad no pierden de vista la plural localización reflexiva en las sociedades de nuestro tiempo de lo religioso, lo sagrado y lo divino, atingente a la posibilidad de la relación del mortal con aquello que escapa de la mera factualidad óptica, notaremos

cómo tal experiencia nos exige redimensionar los lugares interpretativos de acogida y advenimiento de la discusión en torno al propio término “mística”.

Ahora bien, la contingencia semántica propia de este término, fluctuante regularmente a lo largo de la historia de Occidente, no debe nunca empujarnos a obviar que en cada uno de sus significados se albergan horizontes y comprensiones diversas: mundos que remiten por su parte a las múltiples declinaciones de su sentido histórico. Así, por ejemplo, si los griegos antiguos usaban el adjetivo “μυστικός” (*mystikós*), los sustantivos “μύστης” (*mýstes*) y “μυστήριον” (*mystérion*), y el verbo “μυέω” (*myéo*) (infinitivo presente activo de “μυεῖν” [*myeîn*] que significa: iniciar en los misterios, consagrar), ello no legitima decir que en Grecia hubiera “mística”, en el sentido en que la encontraremos en el renacimiento o en el barroco español, pongamos por caso, ni quizá tal vez en el sentido en que hoy calificaríamos a una instancia antropológica o comunidad cultural de ser tal. El uso del término “místico” en el castellano actual contempla por ello no sólo su uso adjetivo, sino el sustantivo, mediante el cual se caracterizan ciertas experiencias espirituales de relación con lo divino a las cuales cabe denominar también como “misticismo”, tanto como a las personas que tienen (y comparten de algún modo) dichas experiencias: místico/a.

Ahora bien, incluso en aquellas epocalidades donde la comprensión de la “mística” ya circularía llanamente, ¿no habríamos de preguntarnos por la insistencia en la despersonalización y desasimiento esenciales de tal experiencia “mística”? ¿No es este el caso ante el cual nos sitúa el Maestro Eckhart; o el extremo desamparo ante Dios sólo decible como amor y poesía en la escritura mística de San Juan de La Cruz y Santa Teresa de Jesús? ¿Y qué decir, con anterioridad, de la “mística” de las sabidurías sapienciales sufíes, del gnosticismo, del hermetismo medieval, el islam oriental o la complejidad a descifrar del texto del mundo hermenéutico renacentista? ¿Y ahora? ¿Cómo recibimos la “mística” de la ontología de la imagen-tiempo virtual y extática difractándose por entre los pliegues neobarrocos de Gilles Deleuze hasta llegar al cine contemplativo? ¿Cómo soslayar la aportación mística-noética del Segundo Heidegger y su inmensa apertura no-violenta al retorno de una teología sapiencial presocrática inédita: antes inexplorada pero yacente en las raíces vivas del *Lógos*? Y ¿qué decir, por último, del redescubrimiento de la mística hindú, la sacralidad perceptual cotidiana nipona, el chamanismo amerindio, el animismo negro, o la elaboración de las diversas sabidurías orientales que no dejan de conmovier con la potencia de su advenimiento al Occidente agnóstico desencantado? Pero éste es apenas sólo un sucinto botón de muestra.

La pregunta por la “mística” nos traslada, así, a un amplio lugar de reflexión entroncado directamente con las problemáticas que presenta el mundo en que vivimos. Pero, ¿cuál es el mundo en que vivimos? Dicha cuestión no puede presuponerse esclarecida ni tampoco estar libre de la necesidad de ser interrogada, y ello considerando también su historia y sus fuentes, sus símbolos y lenguajes, sus creencias y diferencias, en definitiva: los sentidos que gobiernan y dibujan la geografía y geopolítica espiritual de nuestro tiempo.

El horizonte de la investigación de estas jornadas se abre desde la pregunta por los sentidos y posibilidades de relación y encuentro del hombre con lo divino, la dimensión espiritual del mundo y la vida misma en su condición trágica, para la cual la muerte resulta consustancial. Así, la apelación al pensamiento suscitada por la mística,

por la cuestión de su esencia y sus significados, involucra un abanico de interrogaciones de hondo calado que desde la Filosofía Hermenéutica es preciso atender: ¿es la mística simplemente un ejercicio de comunicación del hombre con Dios que pudiera agotarse en la revelación de hallarse ante lo estremecedor e inasible de un más allá de la existencia contingente? Si la mística acaso se agotara en la simple revelación individual nos hallaríamos ante su inconmensurabilidad, ante su incomunicabilidad, de modo tal que ni siquiera el reconocimiento de la “emoción” por parte de una multitud podría resultar suficiente para que lo divino dejara de ser un asunto privado, sólo concerniente a aquellos privilegiados que hubieran sentido la ardiente redención del encuentro. Pero si la mística fuera una cuestión privada y subjetiva, ¿por qué habría entonces de importarnos? ¿Por qué entonces deberíamos hacernos cargo de ella en tanto que hombres y mujeres, mortales, humanos y sociales? De ser así, ocuparnos de la mística y cuanto connota devendría una mera determinación personal, incluso una mera opción de consumo, un adorno posible con el que llenar nuestro tiempo libre o del cual surtirnós ideológicamente, como quien acude al cine, a una exposición o se ocupa de cultivar sus aficiones diversas.

¿Dónde está y qué es Dios? ¿Dónde se halla lo divino? Pero sobre todo, ¿en qué relación corresponde al hombre hallarse con lo divino? Tales preguntas hermenéuticas forman parte del acervo crítico-filosófico de Occidente y han venido a parar a nuestro presente bajo la llamada de poner su pertinencia en interrogación, incluso inquiriendo por su legitimidad. Cabe, sin embargo, sospechar que estas mismas preguntas y su propio modo de ser formuladas entrañen a menudo un errático extravío frente a tal cuestión, hasta el punto de que lo sagrado se haya vuelto irreconocible en ellas o se retire de ellas.

Las posibles articulaciones entre el misterio de la inmanencia, los lenguajes y lo otro plural de lo humano, reclaman ser repensadas, además, bajo el signo de la conflictividad de Dios en nuestra epocalidad. El pensamiento filosófico se encuentra de este modo conminado a situarse entre la denuncia de la ilegitimidad del dios único y la posibilidad postmoderna de transitar hacia un politeísmo hermenéutico, hacia una espiritualidad renombrada no excluyente de entrada ni de las representaciones del dios único sostenidas por algunas de las principales Confesiones, ni de ahondar en la dimensión sagrada reservada a lo divino múltiple y no cosificable. Tan múltiple como plurales son las formas de vida y de comunidades que pueblan la tierra. Si bien, con tal apertura, no se trata de deshacerse o dejar atrás sin más los problemas heredados de algunas tradiciones dominantes, recayendo en la mera asunción de la multiplicidad relativista, en último término amoral o indiferente al dolor de los otros. Un relativismo ilimitado que diera por buenas todas las perspectivas y modos de conducirse, permitiendo así que los flujos voraces de los intereses individuales circulen e imperen sin obstáculo alguno. No parece legítima por ello tampoco la vía de un ateísmo que directamente apelase a la absoluta abolición de Dios, relegando igualmente de esta forma toda época y comunidad políticas e históricas que pudieran caracterizarse como religiosas o espirituales al fuego condenatorio de la superstición. El cual sirviera a su vez de expiación y purificación para los hombres “positivistas” ahora eximidos de todo límite incómodo a su libertad. Una libertad que, en definitiva, se comprende como libertad del hombre para el dominio y sometimiento de todo aquello que pueda oponerse a su voluntad *humana, demasiado humana*, comprendida en último término como voluntad y derecho de prevalecer sobre toda diferencia: los otros seres animados (animales y plantas, ríos y mares, tierra y cielo: planeta); los otros hombres/mujeres y

comunidades, los pasados, la naturaleza, lo divino, el lenguaje, la muerte, etc., Ocupando de este modo el lugar vacío dejado por el Dios Todopoderoso (quizá mitológico: fabricado a imagen y semejanza del hombre de poder y la fuerza) derrocado junto con la empresa civilizatoria y colonialista realizada en su nombre pero hostil a toda alteridad. Situación histórica y contexto posible más favorable al Dios del Amor y la Diferencia, y quizá también propicia para una liberación de lo divino, lo sagrado y la pregunta hermenéutica-crítica por las interpretaciones y los nombres de Dios.

¿Dónde nos hallamos, pues, tras la “muerte de Dios” que ya Nietzsche y previamente Hegel enunciaran para expresar con ello que la vigencia y credibilidad de los grandes metarrelatos había llegado a su fin con la secularización?

Su deslegitimación, sin embargo, no ha hecho tambalearse solamente el suelo sobre el que acostumbraba a administrarse la espiritualidad, sin afectar también aquel sobre el cual arraigan el arte y la creatividad, pues igualmente éstas han de afrontar la muerte de la unidireccionalidad del sentido en la posmodernidad. De hecho, han sido precisamente dichas instancias, la creatividad y el arte [especialmente a partir de Nietzsche, quien ya clamaba contra la univocidad de la verdad y de la razón metafísicas que sobredeterminaban el Occidente cristiano-burgués, luego secularizado], las que han constituido de manera eminente los ámbitos racionales desde los cuales ha sido posible dar lugar al redescubrimiento del estatuto práctico-estético de la verdad ontológica (*alétheia*): del ser-pensar.

Pero cuando hablamos de *estética* no sólo nos referimos al tratamiento teórico-reflexivo sobre la belleza, sino que, si bien con Kant remitimos a las condiciones de posibilidad espacio-temporales de la experiencia –en este caso estética– con ello, tras Nietzsche, Heidegger y Gadamer, se alude también al *acontecer* de tal experiencia. Comprendida como cualitativamente indivisible –en los términos que Heidegger establece para el acontecer de la verdad en la obra de arte–. Carácter que ya apuntaba la *aisthesis* en su significado filosófico griego (sensación, percepción, memoria, imaginación, captación, recreación y transmisión espiritual de lo cualitativo: sus modos, ámbitos y alteridades). A tal experiencia estética no le pertenece un estatuto ni reductible meramente al juicio, ni subjetivo, ni “puro”, sino que arraiga y se orienta en el espacio-tiempo de ciertos lenguajes (esencialmente poéticos, alegóricos y simbólicos) dándose también desde la transmisión de los saberes y las artes históricas, en las instancias legislativas del lenguaje mismo mediante el cual se abre cualquier experiencia. Tiempo y espacio que no se dejan comprender ahora de forma unilateral desde los parámetros de la meta-física-ciencia-técnica ópticas: como espacio-tiempo cuantitativo-extenso; espacio físico material y tiempo de la generación y corrupción incesante de los “ahoras”: tiempo que avanza inexorablemente. Sino de otra manera muy diversa y compleja, que en nuestra experiencia histórica del mundo se abre ahora a la experiencia de lo extático intensivo ¿místico?...

En estos sentidos hablar de *estética* implica hacerse cargo de diversas cuestiones de Teología Política replegadas en la *ontología estética* misma que sitúa el acontecer de la obra de arte y su teoría en el ámbito racional discursivo, crítico y reflexivo propio de la filosofía espiritual hermenéutica. En tales lugares eminentes se sedimentan los diversos sentidos y *monumentos* histórico-lingüísticos que constituyen el horizonte de comprensión desde el cual se da el mundo-tierra. En y a través de ellos somos, percibimos y sentimos; o para decirlo con Heidegger: la obra de arte es la puesta en obra

del acontecer de la verdad. Cuestión ésta inseparable de lo sagrado, velado, tapado, retirado y misterioso de “la tierra” que el arte cultiva e interpreta abriendo “el mundo”. El olvido, en consecuencia, tanto de la dimensión mística de “la tierra” sagrada como de la dimensión de escucha y *piedad histórica* de las prácticas artísticas e interpretativas del mundo ¿no está desolando (o contribuyendo poderosamente a hacerlo) nuestra (entonces) experiencia impositiva e inhabitable de una “realidad” impositiva y violenta: cercenada de sus propias posibilidades esenciales? Y ello ¿en qué medida?... ¿por qué causas?...

Quizá la sobrevivencia de algunos pasados en el renacimiento de su comprensión a través de la pluralidad de obras que moran en su sentido y en la diversa pero unívoca remisión sobre las acciones cuya vida se sostiene en tal multiplicidad de declinaciones, señala el rumbo hacia la aprehensión del propio arte como modo de contraefectuación de la violencia y el dolor que sobredeterminan nuestro mundo. Un mundo abocado a la incensante producción de la novedad y la consecuente abolición de los pasados como si fueran objetos consumidos, estragados por una terrible e impía in-política de tierra quemada. La obra de arte se presenta así como posible modo alternativo de habitar, un modo ecológico basado en la *piedad* de heredar los legados renombrables y el reconocimiento de lo otro distinto del humano. De acuerdo con esta interpretación nuestra, en la respectividad eterna y constituyente del hombre y *lo otro* de sí, obras como la del videoartista Bill Viola nos ponen en contacto con aquello no instrumentalizable ni reducible a cómputo. Tales obras no se agotan en el mero tratamiento de las emociones bajo el propósito “científico” de descifrar la condición humana, sino que transitan por el espacio de algunas de sus manifestaciones sensibles abriendo la experiencia de un desvelamiento radical: el de los polos desde los cuales se tensa, por su respectiva diferencia, la vida. Ello alcanza a hacer del arte una auténtica *vía mística*, a través de la cual acontece a la vez la epifanía del misterio sagrado que estremece lo humano-mortal-eterno, revelando una de las dimensiones de su infinita inaprehensibilidad.

¿Cuestiones de mística? ¿Cuestiones de estética? ¿Cuestiones de teología política y geopolítica ecológica? El enlace o *nexo* entre estas cuestiones es el asunto esencial de la hermenéutica filosófica espiritual. Conciérne al pensamiento retensar la atingencia de su planteamiento, considerar su carácter ineludible, preguntarse en definitiva qué hay en juego aquí para las mujeres y los hombres del siglo XXI y por qué no nos puede dar igual. La desertización espiritual del mundo actual no puede sernos indiferente, independientemente de hacia dónde basculen las valoraciones de tal acontecer (el de lo sagrado) éste nos incumbe y nos compete. En la distancia que media entre el “sí” o “no”, en el espacio tendido entre el pavor o la esperanza ante la actualidad de dicho evento, se juega el trazado del problema decisivo donde esencia la pregunta y, por ende, nosotros, si es que aquí, como hombres y mujeres, mortales, humanos, seguimos existiendo con sentido; si es que seguimos perteneciendo como tales a la historia y los monumentos socio-políticos y espirituales, los lenguajes culturales interpretativos en que habitamos. Si es que, en definitiva, todavía no nos hemos convertido en meros dispositivos maquínicos al servicio de la producción de la producción ilimitada sin fin.

Que el *lógos* (razón común) de la era hermenéutica sea un tiempo-espacio estético-espiritual sitúa la exploración llevada a cabo por manifestaciones artísticas tales como las del norteamericano Bill Viola, en un primer plano de consideración actual

respecto de todas las cuestiones antes mencionadas: sus ámbitos, nexos, límites  
posibilitantes y horizonte de futuro, abriendo hacia el porvenir mejor que tanto nos hace  
falta; que tanto nos emociona interpelando de raíz nuestra sensibilidad, inteligencia y  
creatividad, a la vez.

\*\*\*\*\*

Teresa Oñate, Nacho Escutia & José Luis Díaz Arroyo

Equipo de Organización HERCRITIA

